

## TELEVISIÓN

*Desde mi punto de vista -compartido por otros profesionales del medio- la televisión no ha creado todavía su propio lenguaje salvo en aquellos aspectos estrechamente vinculados al tiempo y al*

*espacio cuyo sentido ha*

*transformado, alterando el que parecía propio de nuestra naturaleza, para asimilarse a la visión espacial y temporal que aparece en nuestros sueños. Tanto el celuloide como la imagen electrónica inciden en todos nosotros al estar nuestra mente configurada con arreglo a su existencia. El hecho de poder ver lo inalcanzable, lo impensable incluso, salvando las barreras de la distancia geográfica y de la temporalidad - lo sucedido en el pasado y lo que está ocurriendo en este mismo instante- nos hace diferentes de los individuos que han habitado el mundo en otras épocas.*

# INFANCIA Y TELEVISIÓN

LOLO RICO\*

**E**n el ejercicio de nuestra profesión, los expertos en imagen llegamos a creer que *realmente* la estamos haciendo. Más aún, nos parece que la hemos *inventado* nosotros. Sin embargo, todo es *imagen* y lo era ya antes de que la grabáramos con nuestra cámara: un árbol, la expresión de un rostro, los espontáneos movimientos de cualquier niño... También la pintura y la escultura lo son. Y los ritos, las ceremonias, las danzas y los tótem son igualmente *imagen*. Nosotros lo único que hacemos es *reproducirla* -en el caso de la televisión, en el soporte del video- procurando plasmar la belleza, aportando al producto -cuando nos dejan- nuestro estilo y talante peculiar, pero siempre *re-presentando*, o sea, copiando, conformando, disponiendo o simbolizando algo que ya existía previamente. Realizar, en el terreno de la imagen, equivale a *re-crear* lo ya existente convirtiéndolo en arte. El cine nos ofrece numerosos ejemplos gracias a numerosos directores que han logrado magníficas creaciones (no así la televisión, convertida en un medio manido y estereotipado). La deplorable estética difundida desde la *pequeña pantalla* es como una enfermedad contagiosa que afecta a la *mirada*. Las imágenes *feas*, cuando no transmiten disgusto, degradan definitivamente al espectador.

Por otra parte, la televisión y el género de programas que nos proporciona remiten casi constantemente a los *sentimientos*, pero no como "emociones del alma referidas particularmente a ella y causadas, mantenidas y fortalecidas por algún movimiento del espíritu", como dijo Descartes, sino como *alteraciones* del ánimo que incumben a lo *instintivo*. Lejos de fomentarse deberían ser *controladas* por la razón con el fin de seleccionarlas, tanto desde el punto de vista estético como ético. Personalmente me resulta difícil separar lo que es bello y armónico de lo deseable como bien, aun reconociendo que lo hermoso no siempre es bueno y viceversa. No obstante, las excepciones vienen a confirmar la regla de que lo antiestético -lo *feo*- puede conducir a lo *malo*, puesto que ni siquiera hay contradicción entre ambos conceptos<sup>1</sup>. Existe en la actualidad un dominio de la *técnica* cercano a la perfección, pero ha disminuido la *creatividad* que nos acerca a lo bello: "Mientras en la antigüedad -en una antigüedad ni siquiera tan remota- la sintonía entre el dato técnico y el dato creativo resultaba casi siempre *absoluta* (un gran maestro no podía dejar de ser el definitivo dueño de un elemento técnico equivalente), en días cercanos a nosotros la *sintonía* se pierde frecuentemente: puede subsistir el conocimiento *técnico* perfecto sin equivalencia en *expresividad*, siendo una de las dolorosas escisiones de nuestra época. Se ha perdido capacidad para valorar los conceptos *talento* y *genio* y a quienes poseen tan ricas características. Se sustituyen por *seudo-artistas* con *peligro de talento*, o sea, provistos de requisitos y nociones técnicas pero desprovistos de toda carga creativa y genial" (Dorfles, 1969:40-41). Esta situación habría que aplicársela di-

rectamente a la televisión, puesto que en el cine todavía se mantienen unos baremos que permiten una elevada cota de calidad.<sup>2</sup>

"¿Por qué uno es más crítico con el cine cuantas mas películas ve, y menos con la televisión mientras más horas se le dedica?", me preguntaba una adolescente en el coloquio posterior a una conferencia. La cuestión me ha hecho meditar. Indudablemente, ir al cine es un gesto *consciente y voluntario*: implica un desplazamiento y un cambio de actitud. Es indispensable abandonar cualquier actividad para trasladarse a la sala de exhibición. También se necesita sacar una entrada -lo cual significa hacer una inversión, por pequeña que sea- y una vez ante la pantalla mantenerse a oscuras el tiempo de duración del film, inactivos y en silencio, realizando un ejercicio de *atención* con el esfuerzo consiguiente. Dichas acciones se realizan con una *finalidad*: al cine se va a ver una película *concreta*, previamente seleccionada, esperando gozar con ella. Pasar un buen rato es la más elemental de las *razones* para acudir a la sala de proyección, aunque no excluya otras muchas, como analizar el trabajo del director y los actores, disfrutar de una estética determinada, el interés por el tema o el contenido ideológico, etc. Pero incluso para lograr el simple el entretenimiento, la película tiene que *gustar*. La toma de postura al respecto es inmediata y espontánea y, cuando la respuesta es positiva, difícilmente puede uno sustraerse a repasar placenteramente cuanto le ha cautivado. En caso contrario se ejercerá la crítica *deliberadamente*. Más aún, como al cine se suele acudir en compañía, las opiniones se expresarán en voz alta, dando lugar a un diálogo crítico y enriquecedor. El regreso a la vida cotidiana marca una ruptura con la aproximación a la realidad que propone el cine -y que llamaré *representación imaginaria*- que durante unas horas nos ha acaparado, dando lugar a un distanciamiento. Todo ello contribuye a que el impacto que nos producen determinadas películas sea superior al de la televisión pese a que el televisor forma parte del mobiliario de cualquier hogar.

### El televisor como mobiliario

De hecho, el televisor es un mueble que necesita un soporte que suele ser otro mueble a su vez, y ambos ocupan un determinado espacio sustituyendo a otros utensilios o enseres. Generalmente el televisor está en constante funcionamiento emitiendo imágenes, palabras, música y efectos de sonido, puesto que conectarlo viene a ser un gesto *automático*. Es ante él donde se desarrolla la vida cotidiana -de hecho se estudia, se efectúan las labores domésticas, se celebran las comidas familiares, se conversa, etc.- y no es necesario decir que verlo no requiere ningún desplazamiento, atención o esfuerzo. Ver la televisión implica un alto grado de automatismo gracias al cual, mientras más la vemos, menos capa-

citados estamos para la reflexión y el juicio crítico<sup>3</sup>. Algun autor (Mariet, 1994) mantiene que es precisamente esta característica de moblaje de la pequeña pantalla lo que la convierte en inocua e inofensiva. Difiero radicalmente de este criterio porque, desde mi punto de vista, el hecho de que ver y escuchar la televisión tenga *carácter automático* es uno de sus más graves inconvenientes. Si admitimos, y es difícil no hacerlo, que los poderes económicos y comerciales dictan los contenidos que aparecen en pantalla, será fácil entender que sus mensajes vayan modificando nuestro interior como la gota de agua erosiona la piedra. Y las gotas de agua se depositan en la preconsciencia, aguardando el momento idóneo para que la conciencia, definitivamente horadada, los deje aflorar para determinarla.

Si damos como válida la teoría de Levi-Strauss sobre rito y juego, podremos deducir que el televisor introduce el rito televisivo en la vida cotidiana<sup>4</sup>, rito que se refuerza por *la magia* que entraña aquello que existe y está próximo, pero cuya técnica y funcionamiento desconocemos. Más aún, dicha magia se refuerza por *el no conocimiento de su telos*. ¿Quién se plantea un objetivo al ver la televisión? Sin embargo, cualquier acto humano debe tener una finalidad consciente. El automatismo, o no la tendrá, o será de un género diferente al de un acto racional. El niño que hace los deberes o juega ante el televisor participa no sólo de lo que éste emite sino del medio en el que se emite y, cumpliendo con el *rito-juego*, se satura de imágenes en el sentido en que se combina un cuerpo con otro satisfaciendo al máximo su afinidad química. Si cuanto nos ofrece el televisor se realizara con atención y cuidado sería perfectamente posible una adhesión positiva al rito-juego, siendo lamentable que no se utilicen debidamente las posibilidades educativas.

De lo dicho con anterioridad parece desprenderse una contradicción: por un lado, el televisor es un objeto que cumple la función que le es propia al emitir imágenes y sonidos, recayendo sobre el hábito la culpabilidad de convertirlo en *mueble* en el sentido más peyorativo. Tenerlo conectado será un acto banal. Sin embargo, puesto que técnicamente la transmisión de las ondas sigue siendo para los no iniciados un misterio, el sentimiento de lo mágico y lo maravilloso permanece en el inconsciente. "Puedo dominar las imágenes", dice para sí mismo un niño cuando ma-

**"La deplorable estética difundida desde la pequeña pantalla es como una enfermedad contagiosa que afecta a la mirada. Las imágenes feas, cuando no transmiten disgusto, degradan definitivamente al espectador"**

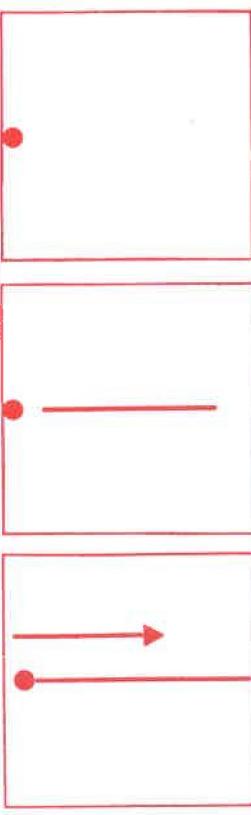
neja el *zapping*, "luego soy tan poderoso como mis personajes preferidos, ídolos fascinantes que me hipnotizan. Incluso más, puesto que logro con facilidad que éstos actúen bajo mi dominio. Formo parte del prodigo". Y el *prodigo* impregna el mundo real, el ámbito del hogar y de la escuela, sustituyendo a familiares y maestros. Porque, también inconscientemente, la relación entre el televisor y el telespectador se va acentuando. Lo prodigioso va resultando paulatinamente más real, precisamente porque ha creado una irracionalidad que va proporcionándonos una *nueva manera de ser y de ver* y el *ritual del juego* suscita un cierto desprecio -más bien indiferencia- por el entorno y quienes lo pueblan. La máquina se ha convertido en fetiche, constantemente deseado, con el que se crea una fuerte relación -teleadicción- y se idolatra imponiendo lo onírico sobre el espacio y el tiempo real<sup>5</sup>.

Desde mi punto de vista, dadas las programaciones, no existe diferencia hoy, entre la televisión, la representación televisiva, la propaganda y la publicidad<sup>6</sup>. La televisión mueble convierte a los espectadores -especialmente a los niños y a los adolescentes, que son más dúctiles y ofrecen menos defensas- en *personajes de una ficción* que se corresponde con el mercado, *invalidando el mundo real* e impidiendo que se establezca con respecto a él algún género de compromiso.

### El televisor en la escuela

He repetido en alguna otra ocasión que la televisión es enemiga de la escuela. Para los niños y los adolescentes, los adultos ya no son un modelo de identificación. Si la mala utilización de la pequeña pantalla está sustituyendo a la figura materna, según mi criterio, también suplanta a la del maestro o profesor, que no posee ya el prestigio suficiente al no pertenecer al grupo de *héroes televisivos* que acaparan la atención del telespectador infantil o juvenil. Hace unos meses escuché por azar a una madre pedir en un *videoclub* una determinada película, alegando que estaba basada en un libro que habían recomendado a su hijo en el colegio porque "si la veía se evitaba leerlo...".

Quizá sea en el tema de la lectura donde más se manifiesta la enemistad entre el colegio y la pequeña pantalla. ¿Cómo es posible que quienes desconocen el placer de leer puedan



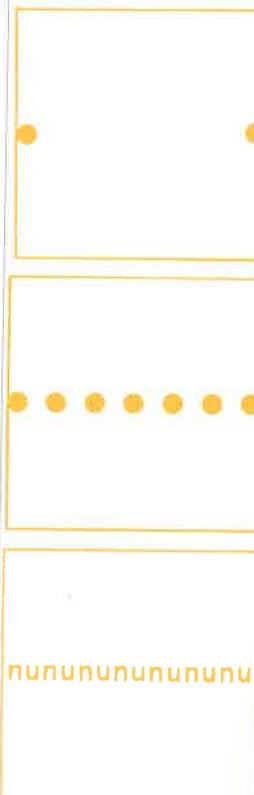
© EMIL RUDER

estudiar? Lógicamente les faltará hábito y velocidad lectora, comprendiendo escasamente aquello que leen. Como consecuencia, nos encontramos con el analfabetismo funcional<sup>7</sup> que conduce inevitablemente al fracaso escolar.

El código fundamental, que sirve como modelo para los otros códigos, es la palabra. No puedo dejar de considerar -por más que últimamente pretendan hacerme creer lo contrario- al hombre como ser parlante. Sin poder precisar con exactitud la prioridad de la palabra sobre el pensamiento o del pensamiento sobre la palabra, puesto que entre ambos hay una estrecha interrelación, "es bien sabido y, según creo, universalmente aceptado, que los usos y las costumbres lingüísticos son capaces de influir, incluso de orientar, nuestras percepciones y pensamientos, o sea, que nuestro modo de ser -en el mundo- y nuestro modo de *Erleben* en ese mundo están directamente subordinados a la lengua que hablamos, al uso que hacemos de esa lengua, hasta el punto de permitir o impedir determinados conocimientos y experiencias sólo debido a nuestra posesión de un instrumento lingüístico más o menos idóneo" (Dorfles, 1969:125).

La palabra es una manifestación del pensamiento que ocupa un papel prioritario en la comunicación. Si tradicionalmente se accedía al pensamiento gracias a la escritura, ahora se accede a través de la imagen. La televisión ha creado un universo oral a base de exclamaciones, interjecciones y frases fragmentadas y rotas. La frecuencia de las imágenes y la velocidad a la cual se suceden impide que la estructura del lenguaje se desarrolle según sus leyes. Los mas jóvenes suelen imitar la jerga de la televisión y el resultado es un lenguaje roto, fragmentado, incorrecto y masificado. Me he referido a los jóvenes pero no es sólo en ellos en los que observo este fenómeno<sup>8</sup>.

No puedo dejar de mencionar el hecho de que la pequeña pantalla parece proporcionar abundante información pero, al no haber en los programadores de las distintas cadenas ni interés ni intención de carácter educativo, los conocimientos que aporta son inconexos y fragmentarios, impidiendo al telespectador alcanzar los conocimientos debidamente estructurados que requiere el proceso intelectual tradicionalmente asociado a la escritura y que el televisor, como fuente única de conocimiento, altera con su lenguaje fragmentado y el desinterés de los programadores por los métodos y las pedagogías.



No es fácil que las familias *estén en disposición* de utilizar debidamente las nuevas tecnologías en un futuro próximo, cuando todavía hoy se desconocen las técnicas para enseñar a ver televisión.<sup>9</sup> Esto hace pensar que deben ser las escuelas las encargadas del aprendizaje. Me consta que este tema viene a aumentar el trabajo del profesorado con nuevas responsabilidades que no van acompañadas del apoyo ni de la familia ni de la Administración. Tampoco colaboran las televisiones públicas, al ofrecer a los niños toda suerte de contravalores desde la pequeña pantalla. Ni siquiera el propio Ministerio de Educación y Cultura está cumpliendo lo prometido en el famoso código deontológico que firmó en 1993 con las diferentes cadenas. La consecuencia de lo expuesto es negativa. La falta de preparación y de medios para que las escuelas puedan asumir el aprendizaje de la imagen contribuye a que nuestro método de enseñanza propicie el fracaso escolar. No deberían existir ya contradicciones entre la enseñanza basada en la letra impresa y la enseñanza basada en la imagen. Lo más conveniente sería tender hacia una educación *multimedial* que, revitalizando la lectura, añadiera los audiovisuales al aprendizaje, con el apoyo de una preparación para realizar adecuadamente su lectura. En definitiva, el ámbito para formar espectadores reflexivos y críticos de cine y televisión es la escuela, abarcando dos aspectos esenciales:

**"Si admitimos, y es difícil no hacerlo, que los poderes económicos y comerciales dictan los contenidos que aparecen en pantalla, será fácil entender que sus mensajes vayan modificando nuestro interior como la gota de agua erosiona la piedra"**

- 1.- La enseñanza a los alumnos.
- 2.- La conciencia crítica de los padres.

A los unos y a los otros convendrá exponerles las posibilidades educativas del medio que nos ocupa, aclarando que el que éstas sean mayores o menores dependerá tanto del receptor como del emisor. Sería conveniente llevar a su convencimiento las siguientes orientaciones.

1.- La televisión debe verse - los niños y los adultos- cuando no haya nada mejor que hacer y el programa interese verdaderamente.

2.- En consecuencia, será necesario seleccionar previamente aquellos programas que se deseen ver, con buen criterio y cierta anticipación, conectando y desconectando el televisor antes y después de cada uno de ellos.

3.- Los pequeños telespectadores deben instalarse ante el televisor acompañados por personas adultas y, de no poder ser, éstas deberán saber que es "lo que están viendo".

*"La televisión convierte a los espectadores -especialmente a los niños y a los adolescentes- en personajes de una ficción que se corresponde con el mercado, invalidando el mundo real e impidiendo que se establezca con respecto a él algún género de compromiso"*

4.- En cualquier caso, el diálogo sobre los programas será un tema obligado en la escuela y en la familia.

5.- La televisión no es un *premio*, tampoco un *castigo* y, mucho menos, un estímulo para abrir el apetito.

6.- La narración oral, la lectura en voz alta, el juego imaginativo, en vez de imitativo, de lo que sale en la pequeña pantalla, los amigos, la conversación... son grandes motivaciones para la vida.

7.- El aprendizaje de lo que significa la imagen en movimiento, de los diferentes soportes, del significado de la *rejilla* de programación, de cómo se programa, de la razón por la cual unos dibujos animados tienen calidad y otros no, de cómo se elabora un programa de televisión, de las distintas fases de producción etc, favorece la posibilidad de formar telespectadores reflexivos y críticos.

8.- Por último, un programa para el medio televisivo es complejo y está de hecho relacionado con la casi totalidad de las materias escolares. Por consiguiente su elaboración puede involucrar a todas y a cada una de las áreas. El resultado podría ser excelente desde muchos ámbitos.

(3) "La televisión es un culto sentado en el ambiente familiar. En la República Federal de Alemania cada adulto se sienta por término medio dos horas y veinte minutos ante la pantalla durante los días laborables, y tres horas durante el fin de semana. Los niños entre tres y siete años lo hacen en cucillas durante una hora, los de ocho a trece años hora y media. Esto tiene algo que ver con la capacidad de sentarse, y no sólo con el programa. Por eso, los mayores ven más que los jóvenes, las mujeres más que los hombres y las capas bajas más que las medias y altas". (Harry Pross, "La violencia de los símbolos sociales", Ed. Anthropos, Barcelona 1983, p. 86).

(4) También podemos decir con Harry Pross que "el ritual es supersímbolo que se une a otros simbolismos del lenguaje, la imagen y la expresión corporal". (Harry Pross, 1983:85).

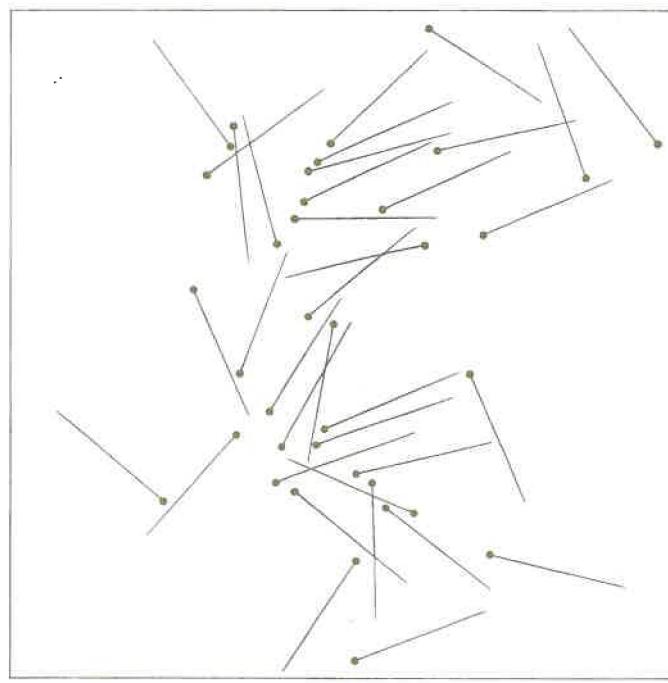
(5) Para llegar a cumplirse lo que dice Ernest Cassier: "No hay nada que esté en mejores condiciones de adormecer todas nuestras fuerzas activas, de quitarnos nuestro juicio y nuestra capacidad de diferenciación crítica, nuestro sentimiento de la personalidad y nuestra responsabilidad individual, como la ejecución constante, uniforme y monótona de los mismos ritos". (citado por Harry Pross, 1983:117).

(6) "Como la propaganda y la publicidad establecen símbolos, regulan la casa de los valores. En la **polity** dominada por la publicidad comercial, los estadistas corren tras los deseos y expectativas que la publicidad ha traducido a necesidad económica. Se crean ideas generales de lo que "hay que" tener. Las estrategias políticas prometen cumplir estos deseos para que los políticos sean elegidos y reelegidos. Pero no pueden satisfacer realmente estos deseos porque la publicidad va siempre por delante de ellos repartiendo nuevos estímulos de consumo. Siempre hay nuevas mercancías que adquieren **validez**, ritualizada en la información periódica." (Harry Pross, 1983:133).

(7) El cincuenta por cien de los habitantes de los Estados Unidos son analfabetos funcionales.

(8) Ni afamados periodistas, ni diputados, se han salvado de imitar el destrozo de la lengua que ha hecho Chiquito de la Calzada.

(9) A las dificultades expresadas en estas páginas respecto a la escasez de tiempo por motivos laborales, debemos añadir que a muchos padres el televisor les parece una inofensiva niñera y el que gran parte de ellos son acérrimos telespectadores, por lo que pueden carecer de la sensibilidad suficiente para educar en la imagen.



© ARMIN HOFMAN

(\*) **Lolo Rico** es escritora (teléfono de contacto: 91-365 61 76).

## Notas

(1) Se llega fácilmente a esta conclusión cuando comprobamos la cantidad de espectadores que disfrutan con escenas brutales y contenidos adecuados para mentes sádicas.

(2) Si aceptamos como válida la teoría de Christian Metz (1985:13 y 17) de que el espectador de cine mantiene con las películas "relaciones de objeto" aceptaremos también que existe en el cine la pretensión de mantenerlo o restablecerlo "dentro de la posición del buen objeto". (Christian Metz, "El significante imaginario", Communications N°23, Paris 1985, p. 13 y 17)

## Referencias bibliográficas

DORFLES, Gillo (1969): *Nuevos ritos, nuevos mitos*. Lumen. Barcelona.

MARIET, François (1994): *Déjenles ver la televisión*. Urano, Barcelona.

METZ, Christian (1985): *El significante imaginario. Communications*, n°23, Paris.

PROSS, Harry (1983): *La violencia de los símbolos sociales*. Anthropos. Barcelona.